

órdenes para concentrar la artillería, las fuerzas de ingenieros y el tren de bagajes, reunir el material de las ambulancias y atender á todos los servicios militares que hasta entonces habían sido un tanto descuidados.

El día 23 de abril cesó todo misterio, pues el *Monitor* anunció la organización definitiva del ejército, que se denominó *ejército de los Alpes* y que no había de tardar en llamarse *ejército de Italia*, y de cuyo mando se encargaba el emperador, á quien acompañaba un jefe de Estado mayor general, que fué entonces el mariscal Randón. Ese ejército se subdividía en cuatro cuerpos, sin contar las dos divisiones de infantería de la guardia: el primero, confiado al mariscal Baraguey de Hilliers, se componía de las divisiones Forey, Ladmirault y Bazaine; el segundo, mandado por el general Mac Mahón, comprendía dos divisiones, la de La Motterouge y la de Espinasse; el tercero, á las órdenes del mariscal Canrobert, lo formaban las divisiones Renault, Bonat (1) y Bourbaki; y finalmente, el cuarto, cuyo jefe era el general Niel, contaba las tres divisiones Luzy, Vinoy y Faily. Proyectábase además formar próximamente un quinto cuerpo que se reservaría al príncipe Napoleón y sería destinado á un punto especial no conocido todavía. Habían comenzado ya los movimientos facilitados por las vías férreas que por vez primera se utilizaban para una gran guerra. Canrobert y tras de él Niel habían de entrar en el Piamonte por los Alpes; Baraguey de Hilliers y Mac Mahón tenían orden de embarcarse en Marsella y en Tolón para desembarcar en Génova, seguidos de cerca por los granaderos y los cazadores de la guardia mandados por el general Regnaud de Saint-Jean de Angely. Poco tiempo después, penetraría en Italia por el camino de la Corniche una parte de la caballería, no organizada aún por completo.

## II

¿Quién no conoce, por descripción ó recuerdo, los sitios en que nuestros ejércitos iban á llevar sus armas? En los confines de Suiza se extiende una poderosa cordillera que forma desde luego varios montes por la parte del Oeste y tuerce luego de Norte á Sur bajo las denominaciones de Alpes Peninos, Alpes Gracios y Alpes Cocianos; cerca del Mediterráneo se inclina hacia el Este, presenta luego de distancia en distancia anchas depresiones y, después de haber rodeado el golfo de Génova, se prolonga hacia el Sur con el nombre de Apeninos. Este inmenso semicírculo ciñe lo que llaman la alta Italia: nombre impropio, porque en ninguna parte de la Península el suelo es tan bajo. Dichas montañas, que cercan toda la región como con una barrera, la alimentan también con sus aguas (2). En uno de los puntos más elevados de la cordillera, cerca de la frontera francesa del Delfinado, se precipita en cascadas por las vertientes del monte Viso un torrente que, al llegar al llano, se regulariza, se ensancha y fluye casi sin inflexión hacia el Adriático. Los antiguos lo llamaban el Eridán; la geografía moderna lo llama el Po. Del semicírculo de las montañas acuden otros torrentes que lo agrandan á porfía: el Dora Riparia, el Dora Baltea, el Sesia,

(1) El general Bonat murió al principio de la campaña y fué reemplazado por el general Trochu.

(2) Véase el mapa adjunto.

y un afluente de mayor importancia, el Tesino. Viene luego el Adda, el Oglio, aumentado por el Chiesa, y el Mincio. Estos ríos presentan disposiciones comunes muy notables. Todos corren por la misma ribera, la izquierda; todos bajan directamente de Norte á Sur, recibiendo las aguas de las neveras de Suiza ó de los Alpes Récianos; todos se purifican en los lagos, el Tesino en el lago Mayor, el Adda en el lago de Como, el Mincio en el lago de Guardia; todos son paralelos unos á otros y perpendiculares al Po, de modo que forman contra todo invasor precedente del Oeste una serie de obstáculos que el trabajo del hombre puede en algunos puntos hacer infranqueables. Así enriquecido por tantos tributarios, el Po contiene apenas el volumen de sus aguas y desbordaría por los campos si no se hallase contenido por diques. Por último se divide en varios brazos para echarse en el Adriático. En este punto extremo de su curso, otro río, el Adigio, procedente del Norte como el Tesino, el Adda y el Mincio, parece también querer rendirle el tributo de sus aguas; pero, mediante un pequeño rodeo, las lleva al mar, aunque confundiendo casi su desembocadura con la del Po.

Esta ancha cuenca del gran río, tan distintamente limitada por el doble cerco de los Alpes y de los Apeninos, abierta sólo por la parte del Adriático, era famosa desde tiempo inmemorial por la fertilidad de su suelo, por su lozana vegetación, por sus aguas abundantes y utilizadas para el riego por un sistema de canalización que en ningún otro país ha sido superado. En la primavera, toda la comarca, con sus campos de moreras, sus emparrados, sus mieses ya muy altas, su vallas de acacias y sus arriates de sauces, ofrecía hasta más allá de lo que alcanzaba la vista el aspecto de un jardín, de un jardín tan frondoso que las maniobras de un ejército ofrecerían en él grandes dificultades, pues la espesura interceptaba la vista por todas partes, y los canales y los ríos cortaban á cada instante el camino. Sobre aquella tierra tan opulenta como risueña la actividad humana había multiplicado no solamente las explotaciones agrícolas, sino que también los monumentos, las obras de arte, las quintas, los jardines, los palacios. Del llano habían surgido bellas y nobles ciudades, y entre ellas la suntuosa y alegre Milán, situada á la salida de los caminos de los Alpes.

En todas las épocas del mundo, tantas riquezas habían sido codiciadas, de modo que lo que parecía prosperidad se había convertido también en infortunio. Por los desfiladeros que la mano del hombre había ensanchado, el país había sido invadido al Norte por los tudescos y al Sur por los franceses, ávidos unos y otros de tan bella presa. En aquellos lugares, hechos en apariencia para la paz, no había un rincón de tierra que no llevase la huella de las luchas antiguas ó recientes entre poderosos rivales. Al bajar por los Alpes, nuestros soldados encontraban en todas partes vestigios de sus antepasados, y sobre todo los de Bonaparte en la llanura de Marengo y en las laderas de Castiglione. Pero la guerra nueva no se parecía á las antiguas sino por la abundancia de la sangre derramada. El objeto no era ya dominar á Italia, sino devolverle la libertad. Más allá del Tesino se extendía el reino lombardo-veneto, dominio del Austria y premio de la futura lucha.

En el momento de ir á romperse las hostilidades, los

austriacos llevaban sobre sus adversarios tales ventajas que, para compensarlas, se necesitaba mucha habilidad de nuestra parte ó una singular molición de parte del enemigo.

El gobierno francés, obligado por política á reprobado toda intención belicosa, sólo había podido hacer preparativos clandestinos. Amenazada por el Piamonte y su poderoso aliado, el Austria no había guardado la misma reserva, sino que, desde marzo, había empezado á llamar á todos los militares que se hallaban en uso de licencia. A los cuerpos quinto, séptimo y octavo que constituían la ocupación habitual de las provincias italianas, había añadido los cuerpos tercero y segundo que habían de ser reforzados más tarde por el primero y el noveno. Desde el 5 de abril había movilizó enteramente todas sus fuerzas. Calculábase que, desde Venecia hasta el Tesino, tenía al principio de la guerra más de doscientos mil hombres. Descontando las guarniciones de las fortalezas y las Legaciones, quedaban ciento cuarenta y cuatro mil hombres y un efectivo real de cien mil combatientes (1).

Aquella preparación más completa no era el único beneficio de los austriacos. Los sitios en que probablemente iban á batirse les eran conocidos por haber hecho allí la guerra, tiempo atrás, bajo el mando de Radetzky y por haber ejecutado recientemente grandes maniobras, llevadas á efecto con esa vigilancia cuidadosa que inspira la idea de un conflicto probable ó próximo. En caso de derrota, cada uno de los grandes ríos lombardos que corren hacia el Po habían de constituir una defensa para ellos y un punto de parada para sus adversarios. Además, á la entrada del territorio veneciano se alzaban, á orillas del Mincio y del Adigio, las plazas fuertes del cuadrilátero, tan poderosas que ningún ejército era capaz de tomarlas, según se decía.

Otra desventaja resultaba para nosotros de la distancia ó de los obstáculos que nos separaban del teatro de las operaciones. Exceptuando la carretera de la Cornisa, muy hermosa, pero muy larga, sólo teníamos dos caminos para llegar á Italia: la vía marítima que nos conducía á Génova, y la vía terrestre que llevaba á Susa por el desfiladero del monte Cenis ó por el del monte Genevre. La primera de estas dos vías estaba expuesta á muchos retrasos, no por la travesía en sí, sino por las dificultades de embarco y desembarco. De las dos vías terrestres, la del monte Genevre no convenía sino á las tropas ya acantonadas en el Delfinado; además atravesaba un país tan pobre que no podía utilizarse para el paso de grandes contingentes de tropa. Quedaba, es verdad, la ruta del monte Cenis; pero el ferrocarril se detenía entonces en San Juan de Mauriana para no continuar sino en Susa; entre estos dos puntos se ofrecían cuatro etapas, penosas por lo empinado de la cuesta, por la dificultad de los acarreos y á causa de la nieve que aún se hallaba acumulada cerca del desfiladero. Muy distinta era la condición de los austriacos, próximos á su base de operaciones, conducidos por ferrocarril á través de la Lombardia y del país veneciano hasta las márgenes del Tesino, colocados, por decirlo así, al pie de la obra y sin tener que hacer más que esperar al enemigo.

(1) *Der Krieg in Italien nach den Feld-acten und anderen authentischen Quellen bearbeitet durch das K. K. Generalstabs bureau für Kriegsgeschichte*, tomo I, Apéndice, págs. 30-41.

¿Lo esperarían? ¿O tomarían una vigorosa ofensiva antes de que nuestras tropas se hubiesen concentrado? Ahí estaba el gran peligro, el peligro que los despachos de Turín, llenos de alarma, denunciaban cada día, casi á cada hora, al gobierno imperial.

Fué en 23 de abril que los enviados del emperador Francisco José depositaron en manos de Cavour el ultimátum de su soberano. El 26, la contestación del primer ministro sardo había de crear el estado de guerra entre los gobiernos de Turín y Viena. Inexcusable desde el punto de vista diplomático, la brusca resolución de Austria podía justificarse desde el punto de vista militar. En aquella fecha de 26 de abril ningún cuerpo de ejército francés habría puesto aún sus plantas en el suelo italiano. A lo largo de la frontera se hallaba escalonado el ejército sardo, compuesto de cincuenta mil hombres escasos y obligado á dividirse para proteger la capital y las dos fortalezas del reino, Alejandría y Casale. Detrás del Tesino se hallaba replegado el ejército austriaco, puesto á las órdenes de Giuly y compuesto, como hemos dicho, de más de cien mil hombres inmediatamente disponibles. Pasando el Tesino el día 27, el enemigo, en cinco etapas, podía echarse sobre Turín antes de que el grueso del ejército francés, aún mal provisto, privado de su artillería y de su caballería, hubiese podido concentrarse en Susa ó delante de Génova. ¡Qué justificación del audaz ultimátum! ¡Qué sorpresa para Europa! ¡Qué sorpresa sobre todo y qué incomparable éxito moral si el Austria hubiese podido arrancar á Víctor Manuel la paz mediante la simple destitución del gran agitador Cavour; si hubiese fechado en Turín un edicto de pacificación y de libertad para Italia; si hubiese, siendo victoriosa, hecho todas las concesiones que no podía hacer antes de haber desenvainado la espada y si de este modo hubiese desarmado á Francia antes de que ésta hubiese combatido!

Hacia tiempo que Napoleón III había previsto el peligro de un golpe de mano sobre la capital sarda antes de la llegada de las tropas francesas. El general Niel, que al parecer fué el primero á quien consultó el monarca, no creyó en la inminencia del peligro. Según él, los austriacos necesitaban seis días, al menos, para llegar al Dora Baltea, posición magnífica en que podían hacerse fuertes los sardos, sobre todo si de antemano se verificaban en ella algunos trabajos de defensa; en caso de no poder sostenerse en Dora Baltea, los piemonteses habían de procurar hacerlo en el Orco y después en el Stura; pero ya los franceses habrían tenido tiempo de llegar á Susa, y la sorpresa sería conjurada.

Poco tiempo después, el general Frossard se había mostrado menos optimista, pues calculaba que los austriacos, una vez pasado el Tesino, podían llegar en cinco días, y tal vez en cuatro, al Dora.

Pero lo esencial era saber hasta qué punto se prestaba el Dora á la defensa. A pesar de la opinión del general Niel, consideróse necesario un nuevo examen. En vísperas de las hostilidades, un oficial que gozaba de la confianza del emperador, el coronel Saget, fué enviado sobre el terreno. Su informe fué más sombrío que tranquilizador. El Dora Baltea era, efectivamente, el único obstáculo que podía detener á un ejército austriaco. Pero este río formaba una porción de brazos, vadeables en muchos puntos; además, la posición era tan ex-

tensa que sería preciso, para guardarla eficazmente, una fuerza de cuarenta mil hombres (1).

El cuidado de evitar tan temible sorpresa dominó todos los primeros pasos de la campaña. El tercer cuerpo, mandado por Canrobert, y, después de él, el 4.º, mandado por Niel, había de ir á Italia por los Alpes. Cuanto más acelerasen su movimiento, tanto más pronto llegarían á Susa, y la ofensiva austriaca sería más peligrosa ó difícil. El 24 de abril, cuando todavía no había expi-

completas. El general Renault reclamó en forma muy respetuosa, y el general Bourbaki con mayor vivacidad. La contestación fué que se enviaría lo que se pudiese, pero que, sobre todo, marchasen aprisa. Desde París Vaillant no dejaba á Canrobert un instante de reposo, suponiendo en los austriacos toda clase de proyectos audaces y hasta previendo el caso en que se verían obligados á una retirada. En 29 de abril, la división Bonat, transportada en ferrocarril hasta San Juan de Mauriana,



Entrada de las tropas francesas en Turín

rado el plazo del ultimátum, se envió á Canrobert la orden de hacer pasar inmediatamente la frontera á sus tres divisiones. Pocas horas después, un nuevo parte de Vaillant, enviado á Castellane, renovaba las mismas instrucciones (2). En esto, un telegrama directo del emperador al comandante del tercer cuerpo le prescribía nuevamente que se diese prisa, que no perdiese un minuto, que lo sacrificase todo á la rapidez de la marcha.

Así espolado, Canrobert trató con las compañías de Lyon á Ginebra y del ferrocarril Víctor Manuel, que se declararon dispuestas á transportar cinco mil hombres cada día. Al mismo tiempo, daba prisa á sus tenientes generales, Bonat, que llegaba de Lyon, Renault, que iba de Grenoble á Montmélián, y Bourbaki, cuya división, algo diseminada todavía por el valle del alto Durance, había de bajar á Susa por el desfiladero del monte Genevre. Tan bruscas órdenes sorprendieron á estos generales, que no tenían nada, ni objetos de campamento, ni ollas, ni cantinas, ni mantas, ni forrajes, ni mulos; además, las municiones, para ciertos cuerpos, eran in-

(1) Parte del coronel Saget, 21 de abril de 1859 (*Archivos del ministerio de la Guerra*).

(2) *Archivos del ministerio de la Guerra*.

empezó á reunirse en Susa. La división Renault llegó allí por etapas y en dos columnas los días 2 y 3 de mayo. Bourbaki, después de haberse quejado mucho, hizo prodigios. Tenía que reunir sus regimientos dispersos, atravesar un país pobre, sin recursos y obstruido aún por las huellas del invierno. Suprimió los altos y dobló las etapas. El 28 de abril, su primera columna pasó el monte Genevre, y pocos días después, sus hombres acampaban en torno de Susa, algo fatigados de la marcha, pero soberbios y llenos de la confianza que tan bien sabía comunicarles su jefe.

Canrobert no había esperado la reunión de su cuerpo de ejército. Habiendo llegado á Susa con los primeros destacamentos franceses, partió en seguida para Turín, donde encontró á Cavour, á los generales sardos y al rey sumamente ansiosos. Visitó las márgenes de aquel famoso Dora Baltea de que tanto se hablaba, y se convenció de que este río, aunque bastante ancho, no podía detener mucho tiempo al invasor. Como los sardos se mostraban cada vez más asustados, Canrobert les tranquilizó, pues acababa de concebir un plan muy hábil en sí y doblemente oportuno en presencia de adversarios tales como los austriacos, circunspectos por

naturaleza y por educación militar, atentos á no dejar nada al azar y á mantener sus comunicaciones. Este plan bastante original consistía en abandonar la capital á fin de defenderla mejor. Las tropas francesas marcharían de Susa hacia Turín, pero sin entrar en él, sino que desfilarían al Sudeste y al Este hacia Alejandría y Cassala. En torno de estas dos grandes plazas fuertes de la monarquía sarda se reuniría igualmente el grueso del ejército piemontés. Allí se reunirían también sin duda los cuerpos primero y segundo, que en aquel momento estaban desembarcando en Génova. No se dudaba del resultado. Los austriacos, avisados por sus descubiertas ó por sus espías, no dejarían de enterarse de aquella concentración. Entonces, con su prudencia recelosa, sospecharían alguna gran combinación estratégica, alguna de aquellas terribles sorpresas á que les había acostumbrado, en aquella misma comarca, el primer Bonaparte. En todo caso, se guardarían bien de operar ninguna marcha sobre Turín, marcha que les exponería á ser atacados por el flanco y envueltos quizá. Tal fué el plan de Canrobert. Los sardos lo aceptaron, en parte por confianza y en parte por imposibilidad de desecharlo.

La ejecución no tardó. En 1.º de mayo, el general telegrafió á su jefe de estado mayor, el coronel de Senneville, que se había quedado en Susa, ordenándole que embarcase por las vías férreas todos sus regimientos con destino á Alejandría y sin detenerse en Turín. Cinco días después, todo el tercer cuerpo se hallaba reunido en torno de la fortaleza. Siguióle de cerca el cuarto cuerpo, el cual, en seguimiento de las divisiones de Canrobert, había pasado también el monte Cenis. El director de los ferrocarriles sardos, por orden de Cavour, había ido á Susa para activar los transportes y evitar por medio de su vigilancia personal, en aquella línea de vía única, la confusión, los accidentes y sobre todo los retrasos. Al mismo tiempo, el primero y el segundo cuerpos, á las órdenes de Baraguey de Hilliers y de Mac Mahón, acababan de desembarcar en Génova, y sus cabezas de columna empezaban ya á desembocar de los Apeninos. Los piemonteses habían dejado débiles destacamentos delante de Turín y se distribuyeron entre Cassala, Alejandría y Valenza. Toda esta concentración se llevó á cabo sin que el enemigo tratase de estorbarla ni siquiera pareciese verla. Hubiérase dicho que se trataba más bien de grandes evoluciones en plena paz que del preludio de una gran guerra. De pronto, los aliados se alegraron de aquellas dilaciones que les permitían terminar los preparativos empezados; pero luego les sorprendió tan larga inmovilidad. ¿Qué hacían los austriacos?

En la tarde del 26 de abril, los enviados del emperador Francisco José habían vuelto al cuartel general anunciando el desechamiento del ultimátum y siendo portadores de la contestación de Cavour. Créase que á la madrugada siguiente Giulay pasaría el Tesino. Sus regimientos se hallaban reunidos en la ribera izquierda del río como para una inmediata invasión. Contra todo lo que se esperaba, los días 27 y 28 se pasaron en la quietud. Semejante inmovilidad se atribuyó á instrucciones recibidas de Viena: Inglaterra intentaba un supremo esfuerzo en favor de la paz, y no convenía destruir, por medio de un acto de irreparable hostilidad, aquella última esperanza. El ejército no pasó el Tesino hasta el día 29, y lo pasó por varios puntos á la vez, por

Vigevano, por Bereguardo y por el puente de Gravello ne cerca de Pavía. Los días siguientes se emplearon en marchas y contramarchas que fatigaron á los hombres sin acercarlos mucho al enemigo. Luego estuvo lloviendo desde el 3 hasta el 5 de mayo, y la lluvia fué tan copiosa que puso los caminos impracticables, según alegaron más tarde los oficiales austriacos, que no sabían cómo justificar lo que no acertaban á comprender. Hasta el 7 de mayo no pareció haber llegado el momento de las operaciones decisivas. El séptimo cuerpo avanzó hasta Verceil, mientras el quinto se situaba en Palestro y el segundo en Robbio (1). Al día siguiente la marcha continuó. Los austriacos llegaron á San Germano y enviaron un destacamento por el Norte hacia Biella. El día 9 ocuparon Santhia, mostraron sus vanguardias á orillas del Naviglio de Cigliano y enviaron patrullas hasta Crescentino, no lejos de la confluencia del Po y el Dora Baltea. Ya no se hallaban más que á dos pequeñas etapas de Turín que protegían solamente algunos pequeños destacamentos. Aunque retrasado en demasía, el movimiento ofensivo que tanto habían temido los aliados podía aún producir parte de sus frutos. Además del efecto moral, la ocupación de la capital sarda hubiera interceptado nuestras comunicaciones entre Susa y Alejandría, lo cual nos hubiera creado una dificultad extrema, dificultad que hubiese degenerado en peligro. A medio camino de su audacia, Giulay se asustó. No encontraba ninguna resistencia, y lo que hubiera debido estimularlo le turbó. Seguro de que todo el ejército aliado se hallaba ya concentrado en Alejandría, creyó que iba á marchar sobre Placencia, para pasar el Po y envolver al ejército austriaco. Se realizaba el cálculo de Canrobert. Los austriacos habían leído las campañas de Bonaparte, y, bajo la impresión de aquellos grandes recuerdos, nos atribuían toda clase de combinaciones profundas de que fuimos inocentes hasta el fin; de ahí una especie de timidez que ya entonces les paralizaba y que los desconcertó hasta el final de la lucha. El 9 de mayo, al mediodía, Giulay ordenó súbitamente la retirada. Llevó el séptimo cuerpo á Verceil, el segundo á Robbio y el tercero á Stroppiana (2). Luego instaló definitivamente su ejército en la Lomelina, especie de cuadrilátero cuyos lados estaban formados por el Tesino, el Po, el Sesia y la carretera de Verceil á Novara. Al decir de los oficiosos, era una posición excelente, al abrigo de toda sorpresa y muy digna de la prudencia austriaca. ¡Excelente posición, en efecto! Pero más prudente hubiera sido esperar á los aliados detrás del Tesino. Y el colmo de la prudencia hubiera sido suspender el ultimátum y no tener diplomáticos tan confiados cuando se tenían generales que lo eran tan poco.

Mientras los austriacos perdían con su lentitud el único beneficio de su primera temeridad, las órdenes de París continuaban organizando el ejército, aunque no sin dificultades ni tirantezas. En 4 de mayo, con gran sorpresa de todo el mundo, hubo una combinación de mandos. El general Vaillant, ministro de la Guerra, fué nombrado mayor general, al paso que el general Randón, designado para mayor general, fué llamado á reemplazarlo en el ministerio. Adivinábase el motivo de semejante

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 310.

(2) Véase la *Campagne d'Italie* en 1859, redactada por la división histórica del Estado mayor de Prusia, págs. 31-33.

cambio. Randón estaba justamente reputado como un excelente administrador, mientras que se reprochaba á Vaillant alguna negligencia en los preparativos. Aunque explicable, la medida fué criticada, en primer lugar porque era algo tardía para resultar enteramente eficaz, y en segundo lugar porque con ella se corría el riesgo de disgustar á ambos mariscales. Vaillant había de sentir el golpe, y Randón había de echar de menos sus altas funciones activas. Además, el mariscal Vaillant, militar muy sabio, dotado de una sutileza y de una penetración rarísimas, contaba sesenta y ocho años de edad, era obeso, lo cual hacía que le costase trabajo montar á caballo, y, en una palabra, no se hallaba en las mejores condiciones para resistir las fatigas de una campaña: cierto es que iba á tener como jefe de Estado mayor al general Martimprey que todavía era joven y había desempeñado iguales funciones en Crimea. Así dispuestas las cosas, Napoleón partió. Desembarcó el 12 de mayo en Génova, donde se le hizo un caluroso recibimiento.

Aquellas ovaciones no retrasaron la marcha del emperador. Este llegó el 14 á Alejandría, donde estableció su cuartel general y donde le asaltaron todos los cuidados del mando. Propenso á la teoría y á la soñación, le embarazaba la realidad de las cosas. Cuando quería ser positivo, lo era en demasía, y su manera de mostrarse práctico consistía en caer en la minuciosidad. Viendo al azar los detalles, sin fijarse siempre en los más importantes, se puso á señalar, con una mezcla de irritación y de ansiedad, todo lo que faltaba ó era defectuoso. Lo cierto es que, á pesar de los esfuerzos de los últimos días, apenas terminábamos nuestro trabajo de organización, y, con un enemigo más emprendedor, nuestra situación no hubiese dejado de ser algo precaria. Los regimientos habían llegado, pero no estaban completos, y numerosos destacamentos esperaban en Lyon y Marsella el momento de pasar el monte Cenis ó de embarcarse. Nuestros recursos en materia de artillería y caballería aún eran muy insignificantes. La aglomeración era enorme en Susa, y no lo era menos en Génova, donde por falta de muelles bastantes espaciosos, los desembarcos sufrían grandes retrasos. Los partes de los jefes de cuerpo se sucedían reclamando forrajes, galleta, calzado, etcétera, y señalando la escasez de médicos, enfermeros y empleados de administración. Mareado por tantas reclamaciones, el emperador no podía contener su sorpresa ni la expresión algo cándida de sus errores. «Hemos reunido, escribió á Randón, un ejército de más de cien mil hombres sin reunir lo necesario para alimentarlo.» Los telegramas eran cada vez más apremiantes. Napoleón suplicaba al ministro que se diese prisa en enviar provisiones, médicos, empleados, carros y caballerías. En los días siguientes, á la inquietud se añadió un poco de mal humor. El monarca escribió á Randón: «Parecen niños que nunca han hecho la guerra.» El ministro procuraba satisfacer á su soberano, y se justificaba acusando suavemente á su antecesor. Más tarde, en sus *Memorias*, Randón se mostró menos indulgente y expresó su juicio en una forma excesiva y seguramente injusta. Aludiendo al estado de cosas en el momento de su entrada en el ministerio, dijo: «Todo faltaba excepto el forraje (1).»

(1) *Mémoires*, tomo II, pág. 6.

Afortunadamente, el enemigo, con su inmovilidad, nos permitió, si no acabar todos nuestros preparativos, atender al menos á lo más urgente. Los austriacos compensaron nuestras faltas de detalle con la enorme falta de su inacción. En 18 de mayo, el ejército, aún mal provisionado, pero numéricamente muy fuerte, se hallaba reunido en la ribera derecha del Po y en ambas márgenes del Tanaro. El primer cuerpo, el más próximo al enemigo, tenía su cuartel general en Pontecurone, ocupaba Voghera y Casci, y tenía á la descubierta al frente y á sus costados algunos escuadrones piemonteses. Un poco al Oeste, el segundo cuerpo vivaqueaba en torno de Sale. El tercero se hallaba en Tortone y el cuarto en Valenza. La guardia imperial se hallaba instalada en Alejandría. En cuanto á la guardia real, estaba repartida entre Occimiano y Cassala (2). Contando los sardos, disponíamos de una fuerza total y efectiva de cerca de 150.000 hombres, efectivo ligeramente superior al de los austriacos. Nuestra posición se prestaba á la defensa y al ataque. El peligro de la marcha sobre Turín quedaba definitivamente conjurado. Mientras tanto, en Europa se perdían en conjeturas sobre la inercia de nuestros adversarios. La opinión les presagiaba una derrota. En nuestro campo, por el contrario, reinaba la confianza, y los antiguos combatientes de Africa y de Crimea se prometían nuevas victorias.

### III

Giulay, que continuaba encerrado en la Lomelina, comenzaba á hacerse cargo de los reproches que le valía su larga inacción, y ardía en deseos de restablecer, con alguna acción afortunada, su reputación militar, ya un tanto comprometida; y desde el fondo de su cuartel general, establecido en Mortara, trataba de descubrir, á fuerza de razonamientos y de recuerdos históricos, el plan de los aliados. Al fin creyó haber dado con él.

Cuando Bonaparte había penetrado en Italia en 1796, había empezado por derrotar á los piemonteses, entonces aliados de Austria, y después de haberlos desarmado, había descendido por la orilla derecha del Po, había pasado este río por Plasencia y se había presentado de improviso en la retaguardia de Beaulieu. Empapado en estas lecciones, más á propósito para confundir que para enseñar, Giulay pensó que sus adversarios de 1859 habrían imaginado una combinación análoga, y una vez puesto en el camino de las inducciones, ajustó todas sus observaciones ulteriores á esta idea preconcebida. El ejército francés se había agrupado alrededor de Alejandría, y aparentemente no había ocupado aquella posición para remontar luego hacia el Norte y pasar el Tesino por Novara, sino con objeto de buscar por el Sur un paso hacia Lombardía; lo mismo indicaba, en concepto del general austriaco, la concentración de los sardos en las inmediaciones de Cassala. Y confirmáronle en esta opinión los informes de sus espías que señalaron la presencia de un destacamento francés en Bobbio, á unas doce leguas al Sur de Plasencia. ¡Qué humillación para él si se dejaba sorprender ó atacar por la espalda hasta el punto de correr la misma suerte que el

(2) Véase *Historique de la campagne d'Italie*, redactado en el depósito del Ministerio de la Guerra, págs. 93-99.—Véase también el mapa intercalado en la pág. 310.